

Hay alma en nuestros cuerpos,  
hay sangre en nuestras venas;  
en nuestro propio escudo morimos, como Atenas;  
desde el cuarenta y siete bien lo sabe el sajón.

Yo amo la república, ¡oh blondo Emperador!

.....

Te miro en las Campanas,  
al són de las dianas  
que cantaron tu muerte, bajo el indiano sol;  
y al mirarte hecho un mártir inútil, sin objeto,  
siento en el alma-patria un malestar secreto,  
lamento tu destino con honda compasión .....

Y amo la república, ¡oh blondo Emperador!



## A ELLA.

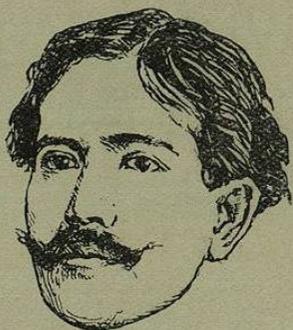
Para Francisco M. Olaguibel.

¿Que no me amas ya? ..... En tu mira da  
miro vibrar aún la pasión roja  
que te empujó á mis brazos como hoja  
por el viento en los surcos arrojada.

¿Que no crees en mí, ni esperas nada?  
¿que hasta el recuerdo de mi amor te enoja?  
Ah! ¿por qué entonces tu mejilla moja  
el cristal de esa lágrima callada?

Hay un rumor interno que en tu mismo  
corazón se desgrana en cantos, risas,  
besos, estrofas de ágil *ritornello*;

si como Satanás te hurgo al abismo  
en rachas de huracán, ó si en las brisas  
como un arcángel te levanto al cielo!



J.R.  
- 1923

## ERÓTICA

A Rubén M. Campos.

La noche avanza. Sirio en la bruma  
arde y difunde vago pavor;  
y de los mares, sobre la espuma,  
llueve la luna tenue fulgor.

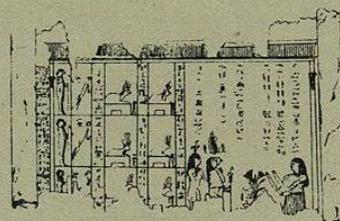
Duermen las aves en el follaje  
que insomne lanza débil rumor;  
y de su lecho, sobre el encaje,  
más que una estrella brilla mi amor.

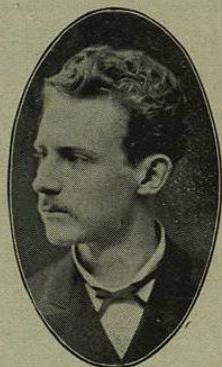
Ella es muy rubia ... como una espiga;  
y de los astros tiene el temblor:  
es que durmiendo sueña mi amiga,  
sueña en mis brazos; y en su candor,

sueña en mis brazos: lazos, no brazos,  
que ya se tienden á su claror  
de estrella bella; sueña en los lazos  
que aprisionaran su cuerpo en flor.

La noche avanza. Treme la aurora,  
ruborizada por el clamor  
que en el follaje, turba canora,  
alzan las aves cantando ¡amor! ...

Y de su lecho, sobre el encaje,  
como en el cielo, brota un albor:  
ya sus pestañas no son celaje  
de sus miradas: ¡mírala, Amor!



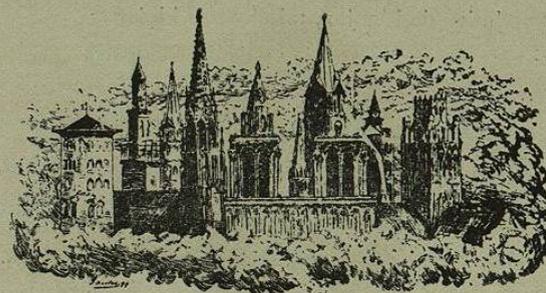


## HIPÓCRITAS.

A Enrique G. Mackintosh.

Cuando miro esos seres  
(entre ellos abundan las mujeres)  
creer con rezos escalar el cielo,  
el gozo cae al pozo, ó es un duelo.

Si son cristianos,  
hagan la caridad á entrambas manos;  
si no lo son,  
que supriman la fe por compasión.



## LAS TORRES.

A José María Luján.

Me entusiasman las torres, esbeltas y orgullosas,  
porque alzan al cielo sobre todas las cosas;  
porque abrigan, feudales, la voz de las campanas  
que entristece las tardes y alegra las mañanas;  
porque sobre los techos que remueve el Cojuelo,  
índices me parecen que señalan al cielo  
y repican y doblan con resonante nota;  
cantan la venturanza ó lloran la derrota;  
anuncian los incendios; y en instantes fatales,  
como las plañideras de viejos funerales,  
gimen y gritan, llaman al pueblo á la oración  
y tienen pensamientos y tienen corazón!

Oh torres y pirámides de todos los apriscos!  
os amo como amo también los obeliscos;

os admiro de hinojos, mi alma os idolatra:  
el egregio de Lucsor, la aguja de Cleopatra.  
Yo sueño en una tierra de santa poesía  
con su Menfis, su Tebas, su gaya Alejandría;  
y vislumbro en mis sueños, con profunda emoción,  
el atalaya griego que espera á Agamemnón.

Oigo al *muezín* que anuncia las horas misteriosas  
en el silencio enorme de almas y de cosas;  
y veo los minaretes, altivos y gentiles,  
como tallos exóticos de secretos Abriles,  
ceñidos por el bosque de verdes sicomoros.  
Las clásicas columnas de los antiguos foros.  
Y al paso de la heroica, triunfante procesión,  
oigo sonar el bronce de la antigua legión.

Las vírgenes invocan postradas en el suelo,  
mientras las flechas crugén erguidas en el cielo,  
contestando al graznido de las aves nocturnas  
que se aman en los nichos y anidan en las urnas  
y desatan siniestras el satánico broche  
de su lúgubre canto, en medio de la noche,  
bajando entre las sombras, con pavoroso són,  
á posarse en las cruces del roto panteón.

Oh! torres! como estelas de todas las edades,  
sois las señales únicas de aquestas soledades  
que cruza el hombre efímero, doliente y errabundo,  
(sonámbulo del cielo y beodo del mundo),  
levantando á lo ignoto (artística oblación)  
las torres como emblema de su fe y su oración.



LUZBEL.

A Fernando González.

Yo le miré. La noche que le envolvía  
me lo mostró en su seno, como á mi antojo;  
su mirar era triste, nunca de enojo,  
y llevaba en la frente fulgor de día.

Á su paso la sombra resplandecía  
con metálicos toques de negro y rojo;  
apenas avanzaba con vuelo flojo,  
y á veces en sus alas se recogía.

¿Á dónde iba el rebelde, con marcha incierta,  
empapado en el llanto de aquella noche,  
y apagando los astros del almo coro? . . .

Cayó en brazos de Febo la Aurora muerta,  
roto de su pureza prístina el broche,  
y él se fundió en el Ether en lluvia de oro.



## MELANCOLÍA.

A Manuel Puga y Acal.

Me gusta ver surgir la luna llena  
en una noche límpida y serena.  
Olvido el sol y todo su cortejo;  
pero al mirarme viejo,  
levanto al cielo la cabeza cana,  
y digo: Luna, ¿te veré mañana?



## EN LA CENA DE SAN SILVESTRE.

Para el Doctor José Ramos.

¿Ves esas flores que su gala ostentan,  
en medio de la mesa del festín,  
y su perfume en el ambiente avientan,  
transformando la mesa en un jardín?

Así mi corazón, lleno de gozo,  
siempre puro, gentil, amante y tierno,  
revienta en flores, con un tiempo hermoso,  
lo mismo en primavera que en invierno.

Todo en redor, en cambio, se envejece;  
los ojos están tristes y sin brillo;  
los semblantes, también empalidecen,  
y tiembla, entre las manos, el cuchillo.

Oh, ¿qué terror insólito os arredra  
al saludar así el nuevo año?  
¿el convidado acá, viene, de piedra,  
ó esperáis del destino ignoto daño? . . .

Es que la juventud se va, se pierde  
del tiempo en la vorágine sombría,  
y la tarde, en su veste de oro y verde,  
nos va anunciando el término del día.

Y bien! qué fuga de la luz! los montes  
yerguen y tiñen la nevada cumbre;  
y arden, rojos, los anchos horizontes  
en pira inmensa de fulgente lumbre.

En púrpura se emboza el sol que muere;  
y oculto ya, detrás de la montaña,  
manda aún su fulgor de rosa leve  
al ligero celaje que se empaña.

Es un triunfo su muerte. Así nosotros  
hagamos en la meta de la vida. . . .  
Nuestra conciencia es la victoria, otros  
lloren aquí la juventud perdida.

Encubre bajo el ala la cabeza  
el ave cabe su caliente nido;  
y allí empieza á soñar en la belleza  
del prado, entre las abras escondido.

¿No miras cómo brotan las estrellas  
en la clámide negra de la noche?  
¿Veis en el lago las ebúrneas huellas,  
que ya la luna desató su broche?

La vida tiene un fin: el de ser buenos.  
Juntos cruzamos el acervo humano  
los labios, de consuelos siempre llenos,  
de caricias y pan llena la mano.

La muerte, la existencia jamás trunca;  
en el Orbe la vida no termina;  
el sol se ausenta, no se apaga nunca,  
ni se detiene, no, siempre camina.

Cuando durmamos el eterno sueño,  
bajo la madre tierra cariñosa,  
vereis cómo ella, en su constante empeño,  
hace la tierra de la tumba hermosa.

Oh! Amada, nos espera nueva palma.  
Si al festín no acudiéramos un día—  
es la Naturaleza buena y pia:—  
entre las flores volverá tu alma,  
entre las flores volverá la mía!



A BERNARDO COUTO CASTILLO.

---

Eras un blanco serafín caído  
en la charca del mundo  
en medio del turbión entenebrido.

De la existencia en el brutal exceso  
con anhelo profundo  
pedistes á la Muerte un tierno beso.

Encunándote aquella, entre sus brazos,  
puso su boca en tu ardorosa boca;  
mas como mata todo cuanto toca,  
haciendo así mi corazón pedazos,  
abrió inclemente fosa repentina  
al cantor de Pierrot y Colombina!



¿ANHELO?

---

A Manuel Acuña.

¿Qué buscan esas almas  
que claman ó que rugen  
sobre las negras ondas  
de la verdad en pos?  
¿Que así las alas tienden  
cuando las naves crugen,  
neblis de lo infinito  
sin ideal ni dios? . . . .

Oh! viejo Hugo inmenso,  
bajo tus plantas mira  
las nubes tempestuosas  
cuál vienen y cuál van.

Ah! cómo gime el bronce  
sagrado de la lira  
al golpe de los vientos  
del lívido huracán.

Tú no dudaste nunca.  
Tu roca solitaria  
al mar oyó en sus flancos  
bramar de indignación  
cuando de pie en la roca,  
después de la plegaria,  
lanzastes á los malos  
la eterna maldición.

París y Viena y Roma  
temblaron á tu acento,  
tu voz era la misma  
del alto Sináí;  
el paracleto fuiste  
del nuevo pensamiento,  
y sólo para el malo  
el tétrico neblí.

Hay un cincel siniestro  
que en las conciencias labra  
mil monstruos y quimeras  
(satánica labor).  
¿Á dónde están tu fuerza,  
tu ejemplo, tu palabra,

oh! padre del castigo,  
oh! padre del amor?

.....  
.....

Aquí ya no se ama,  
aquí ya no se piensa,  
y ya no tiene flores  
de Siebel el jardín;  
el egoísmo triunfa;  
la noche ha sido inmensa,  
tempestuosa, trágica,  
sin astros y sin fin.

Oh, padre! Entre las sombras  
te miro y te venero;  
tú eres la fuente única;  
y al cabo brotará  
de tus estrofas—astros—  
el mágico trovero  
que en ánforas de oro  
el ritmo verterá.



### AL NIÑO MORELOS GONZÁLEZ.

Si al de Cuautla mostraras (tan remonino)  
tu talento y tu gracia tan naturales;  
hiciera un manto heroico de tus pañales,  
y lo echara á tus hombros como un destino.

Barriera las agruras de tu camino  
y él mismo condujérate á los umbrales  
del templo de la Fama, y en los Anales  
de la patria serías casi divino.

Llevas en tus miradas la dura hoja  
que en las revueltas lides blandió tu abuelo  
cubierta de laureles y sangre roja;

y entre todas las almas, flor de consuelo,  
tu preciosa presencia, como que arroja  
una dicha inefable color de cielo.



### EN LA SOMBRA.

A Santiago Argüello, de Nicaragua

Con su triste cortejo de tinieblas  
huye la noche, y la gentil aurora,  
bajo su blanco pabellón de nieblas  
despertando, en su lecho se incorpora.

El rubor de su cándido semblante  
enrojece la nieve de la cumbre,  
y el oro de sus trenzas un instante  
se torna en tenue, fugitiva lumbre.

Un punto fija con amante empeño  
sus ojos en el genio de la sombra,  
que se disipa como vago ensueño,  
muriéndose de amor cuando la nombra.

Llora la virgen la ilusión fugace  
que así destroza el desengaño impío,  
y cuando el sol en el Oriente nace  
sus lágrimas se bebe en el rocío.

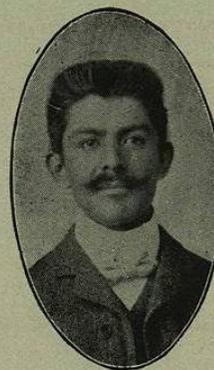
Entre el vivo fulgor, en vario coro,  
las aves cantan en las verdes frondas,  
y se decoran con reflejos de oro  
los encajes de espuma de las ondas.

Todo canta en redor, todo saluda  
á la esplendente majestad del día;  
sólo mi alma permanece muda  
y á la ausente sus lágrimas envía. . . .

Yo amo la noche y su silencio augusto;  
su imagen surge entre las sombras; puedo,  
alborozado mi semblante adusto,  
hablarte de mi amor, quedo, muy quedo.

Y en el favonio aligero que gime  
de amor, entre el follaje ennegrecido,  
enviar, como en un éxtasis sublime,  
el rumor de mis besos á tu oído.

Oh! vuelve, vuelve, generosa amiga,  
apaga el sol en el azul del cielo,  
ya que el destino pérfido me obliga  
entre tus sombras á ocultar mi duelo.



## HOMENAJE.

Al maestro Julián Carrillo.

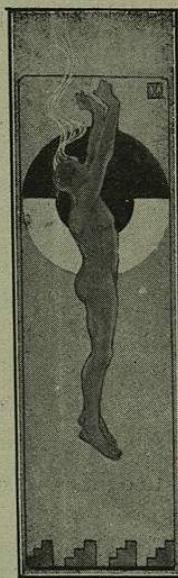
Al frente de la orquesta, en el proscenio,  
en la onda de fraques y de encajes,  
al desatar del mar los oleajes,  
no eres un hombre ya, eres un genio!

La musa, presurosa á tu llamado,  
lanza hacia ti sus rápidos corceles;  
y á tus pies arrojando sus laureles,  
con sus mirtos te deja coronado.

Tú, irónico, sin dolos y sin quejas,  
como en el prado placentera brisa,  
dulcemente le envías tu sonrisa. . . .  
Son cosas muy crueles, pero viejas.

Yo que la nueva música idolatro,  
al mirar cómo un público exigente,  
crema de lo escogido de la gente,  
te aclama, enloquecido, en el teatro,

con mis lágrimas todas en los ojos,  
al ver cómo dominas á la bestia,  
recuerdo tu valer y tu modestia,  
y de tu vida todos los abrojos.



## ¿TE ACUERDAS?

A mi mujer.

El sol en el blanco pico  
que finge erupción de gualda  
y la brisa un abanico,  
la pradera una esmeralda;

á la orilla de un riachuelo  
que perenne canto entona,  
decora una casa el suelo  
y una colina corona.

Á la puerta, enorme perro  
hace de fiero guardián  
y por la falda del cerro  
las reses vienen y van.